



Funi. "Naturaleza muerta"



Céria. "Los faisanes"



Arturo Carbonell

de los cuadros de este género, antiguos y modernos. Desde entonces, los anticuarios y los decoradores exhiben con más énfasis y aplican más subidas tarifas a esos lienzos en que se figuran manzanas o membrillos, aves colgadas, bandejas de dulce; monjiles o cestillos de flores a lo Arellano. Y no hay que ser demasiado malicioso para suponer que han estimulado también la actividad subterránea de los falsificadores. Quizá los artistas han visto asimismo aumentar su demanda de estos amables cuadros de comedor, sobrios y distinguidos, que el mueblista de moda recomienda para el nuevo hogar de la atortolada pareja en proyecto.

El género del bodegón es, por otra parte, un mundo. Nadie sabe lo que puede haber en un bodegón, podemos decir parodiando la frase famosa. Hay bodegones especialmente vegetales y bodegones animales; hay el bodegón escaparate, con los platos expuestos y las aves colgadas a modo de propaganda de figón, como en las vitrinas de las tabernas... y el puro cuadro de la carnaza sangrante, la mesa de cocina y el bodegón despensa, y el bodegón exquisito, que espiritualiza su grosería con unas flores en un vaso... En la materia plétórica, la variación puede ir desde la sobria composición de pocos elementos y sordas tonalidades severas a la fanfarria orquestal de la aglomeración barroca de los frutos y los manjares, interpretada con brillantes e irisados tonos.

Pero si queréis un bodegón en el que puedan encontrarse las más altas calidades de factura con una emoción plástica y lírica, misteriosa y secreta, que rebasa la humildad del género, debéis contemplar esos bodegones únicos y maravillosos de algunos raros pintores españoles de la primera mitad del XVII. A la revelación que para el público fué el nombre del cartujo Cotán, ya antes citado, han de unirse las obras de otros pintores, modestos algunos de ellos, que ilustraron este género, poco atendido entre nosotros hasta hace algunos años. Los más bellos de los que van apareciendo hasta ahora vienen a atribuirse, no siempre con fundamento, a nuestro Zurbarán, el pintor español que con mayor agudeza y amor sabe ver hoy las generaciones del presente. Sobre el fondo oscuro de la receta del tenebrismo y sobre un zócalo gris o el humilde mantel de una mesa, se destacan, con sorprendente nitidez milagrosa, el cardo, las manzanas, un plato de peltre, un manojo de espárragos, un cestillo... A veces, lirios y azucenas hacen compañía, en pura hermandad vegetal, a las hortalizas, parientas pobres del reino de las plantas; casi siempre hay vasijas sencillas, búcaros rojizos o vidriada loza que, con la serena y lírica objetividad de sus puros volúmenes, parecen, en el misterioso lenguaje de las formas, afirmar con su mera presencia algún importante secreto del universo. La ordenación que el pintor impone a sus callados modelos es serena y equilibrada, y de su ritmo tranquilo y su portentosa ejecución realista—y empleamos esta gastada palabra con el sentido de respetuosa oración minuciosa ante lo que por don de Dios existe—, parece desprenderse en el hábito religioso, el que prende siempre en el hombre, artista o no, cuando en raros momentos de su existencia se da cuenta, aunque sea por el agujerito de una cerradura, del prodigioso milagro de la vida y del mundo, del color y la forma, del Ser, en suma, para decirlo en compendio.